

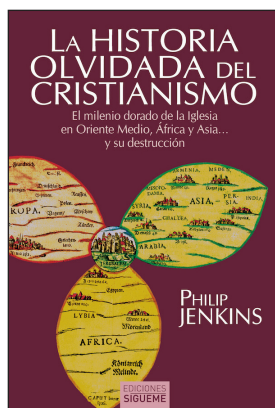
## HISTORIA DE LAS RELIGIONES

El autor nos recuerda que fue Oriente el primero en abrazar la fe cristiana, y lo que ello supuso para su posterior expansión

## Un relato apasionante

Quien se adentre en la lectura de este libro se va a encontrar con un relato apasionante sobre el cristianismo en Oriente Medio y sobre su expansión en África, en Asia e, incluso, en India y China durante el primer milenio de nuestra era. Podrá conocer cómo los principales y más afamados monasterios e iglesias de la cristiandad de entonces se encontraban en Siria, Palestina y Mesopotamia y cómo se pensaba y escribía en siríaco; por cierto, una lengua muy cercana al arameo que hablaban Jesús y sus apóstoles.

Philip Jenkins arranca su relato identificando las diversas familias, escuelas o facciones cristianas que surgen a partir de las controversias sobre la naturaleza divina y humana de la persona de Jesús en los llamados siete concilios “ecuménicos”. Están, en primer lugar, los latinos y ortodoxos, con su tesis sobre las dos naturalezas del Nazareno: entre la humanidad de Jesús y la divinidad de Cristo se da una unidad sin confusión y una distinción (formal) sin separación. Es la escuela que acabó imponiéndose en todo el Imperio romano. El segundo grupo, los nestorianos, acepta las dos naturalezas, pero no absolutamente unidas; lo cual quiere decir que **María** no puede ser considerada como la Madre de Dios. Este colectivo se expandirá en las zonas más orientales, hoy Irak e Irán. La tercera familia defiende la existencia en Cristo de una única naturaleza, la divina, por encima de la humana. Son los monofisitas, que se agrupan en dos grandes tendencias: los egipcios (coptos) y los sirios (*suriani*). **Jacobo Baradeo** organizó en el siglo VI a una parte de estos últimos en una Iglesia clandestina conocida como “jacobita”,



### LA HISTORIA OLVIDADA DEL CRISTIANISMO

El milenio dorado de la Iglesia en Oriente Medio, África y Asia... y su destrucción

Philip Jenkins

Ediciones Sígueme

Salamanca, 2020 · 320 pp.

probablemente, el grupo cristiano más numeroso cuando los árabes se expandieron, gracias a sus conquistas, en la gran Siria, durante el siglo VII.

Como es sabido, fue Oriente –y no Occidente– el primero en abrazar la fe cristiana, nos recuerda el autor. Y fueron las iglesias orientales (ortodoxa, nestoriana y jacobita) las primeras en inculturar dicha fe en los idiomas y civilizaciones con los que se toparon, tanto en Asia (Menor y Central) como en la India y China, y, sobre todo, en el norte de África. Su despliegue en estas zonas es tan espectacular que, en torno al año 800, estas iglesias cuentan con un nivel de presencia que la Europa latina no alcanzará, por lo menos, hasta el siglo XIII. Hay pocos que discutan el liderazgo de la Iglesia ortodoxa de Constantinopla durante el primer milenio del cristianismo. Pero son demasiados los que desconocen la sorprendente presencia de las otras dos, la nestoriana y la jacobita. Y más, los que ignoran que todo esto fue destruido; y que lo fue de tal manera, que

casi nadie –excepto los estudiosos– lo recuerda en la actualidad. He aquí el hilo conductor de este libro, cargado de datos, razones y consideraciones no siempre compartibles.

Como es de esperar, el autor presta una particular atención a lo que denomina “la interacción entre el cristianismo y el islam”. Concretamente, sostiene que, si bien es cierto que dicha interacción en muchas zonas de Oriente pasó por momentos de una pacífica coexistencia entre una cultura y espiritualidad cristianas bajo la tutela de una autoridad políticamente musulmana, no lo es menos que se asiste, en otras fases, a una persecución y destrucción del cristianismo de tal calibre y crueldad que los especialistas se vieron en la obligación de acuñar una nueva palabra: genocidio. Las religiones –sentencia Jenkins– pueden enfermar y decrecer, pero nunca mueren por propia iniciativa. Por eso, hay que matarlas. Es de lo que habla también en muchas páginas ciertamente estremecedoras. De eso y de cómo, al final, Europa acabó convirtiéndose en el corazón geográfico de la fe cristiana y en la única base para una posterior expansión.

### La Iglesia copta

Son reseñables, además de los apartados dedicados a la expansión y destrucción del cristianismo en Oriente, aquellos en los que trata la invasión mongola y la diferenciada relación de cristianos e islamistas con ellos, así como el caso particular de una Iglesia que, como la copta, naturalizándose en Egipto, marcó una importante diferencia con respecto al modelo más colonizador que se expandió en todo el norte de África. Ahí encuentra el autor la clave de la continuidad de una y de la extinción de las restantes.

Finalmente, no se pueden descuidar –por más que pueda sonar a insostenible equidistancia– sus consideraciones sobre el odio religioso, el antisemitismo, el militarismo y la corrupción que también se apoderaron del cristianismo –no solo occidental– en determinados momentos de su historia.

JESÚS MARTÍNEZ GORDO